



DOÑA RAFAELA LOPEZ AGUADO DE RAYON

Entre las diversas heroínas que figuran en esta galería, merece lugar distinguido esta señora, que si bien no tomó parte directa en la insurrección, como la Corregidora, ó como Doña Leona Vicario, que dedicaron su actividad ó su fortuna á la causa de la Independencia, en cambio dió sus cinco hijos á la patria, y muchas veces los animó con sus consejos á continuar por el camino emprendido, no viéndosela vacilar ni aun cuando se encontró en la dura alternativa de escoger entre la vida de uno de ellos y la sumisión de los demás.

Doña Rafael descendía de una antigua familia española que dió varios Prelados á la Iglesia y diversos funcionarios al Estado, siendo su tronco el conquistador Sancho López de Agurto estaba radicada de muchos años atrás en Michoacán, y especialmente en Tlalpujahua; los López Rayón eran una rama de ella, así es que Doña Rafaela era parienta de su esposo Don Andrés López Rayón, acomodado hombre de campo y minero de aquella población. Muerto Don Andrés en temprana edad, quedó ella de jefe de familia, y aunque la buena inclinación de sus hijos hizo que no tuviese dificultades en guiarlos por el buen sendero, sus consejos y su experiencia les sirvieron de mucho en la ruda lucha por la vida, que iban á emprender. Al mayor lo ayudó para que terminase sus estudios profesionales; al segundo consiguió verlo establecido

en el comercio; el tercero, de índole pacífica, quedó en su pueblo natal al frente de los intereses rurales de la familia, en compañía del cuarto, Don Rafael, y por último, Don Francisco, el más pequeño, de genio turbulento y atrevido, también vivía á la sombra de la señora Rayón, atendiendo las minas y los otros intereses. Cuando después de varios años de viudedad consiguió el resultado de que sus hijos, unos ya casados, estuviesen todos establecidos, tenía derecho de esperar con tranquilidad los días de la ancianidad y una muerte de justa rodeada de su familia, vino la asoladora revolución de Independencia á acabar con esa tranquilidad y á lanzar á los pedazos de su corazón en la vorágine de una guerra que si bien por un momento se creyó corta, pronto se vió que era dilatada y sangrienta.

Siquiera tuvo el consuelo de ver que todos sus hijos seguían una misma causa y no se vió en la dura alternativa de tener que prescindir de sus convicciones y simpatías para no ver en ellos más que á los niños cuya cuna meció con amor y á los que la revolución había arrojado á pelear en distintos bandos. Pero ese consuelo fué amargo, porque el carácter que asumió la guerra y la notoriedad que Don Ignacio adquirió desde luego, le hicieron temer por la vida de todos y no le permitieron tener un solo día de sosiego. Pero no flaqueó un solo instante, no empleó ruegos ni halagos para hacerlos desistir del camino que habían emprendido, y guardó todos sus dolores en el fondo del alma para no dejar ver en su rostro más que la sonrisa melancólica que procuraba hacer alegre cuando alguno de los cinco caudillos iba á descansar de sus campañas al hogar paterno. Y cuando en 1813 los tuvo á todos reunidos por espacio de varios meses, pudo entregarse francamente á la alegría de tenerlos á su lado y creer que había sido un sueño la separación de más de dos años, durante los cuales sólo tenía noticias de combates, de asedios y de victorias ó derrotas; para ella esos cinco caudillos no eran en aquellos momentos adalides de la patria, sino cinco niños grandes que después de ha-

ber andado descarriados como el hijo pródigo, volvían al seno del hogar, á ocupar el mismo sitio que años antes tenían.

Aquellos días de tranquilidad pasaron pronto, por las necesidades de la guerra, y no debían volver: el Benjamín, el más pequeño, aquél en quien había reconcentrado su ternura, había caído prisionero de los realistas, y estaba condenado á muerte. Aguirre, el aprehensor, ofrece perdonarle la vida con tal de que Doña Rafaela influyese cerca de los otros cuatro Rayón para que deponiendo las armas dejen de combatir la causa de España; la proposición era tentadora: la vida de un hijo y el perdón de los demás, es decir, el retorno de los días de tranquilidad, el desquite de tantas anárguras, tantos sobresaltos y tantas lágrimas como le habían costado cinco años de guerra... pero también vió la ignominia que semejante paso traería para los que aún estaban libres, tuvo en cuenta la vergüenza con que volverían á su lado, salvos, sí, pero escarnecidos por todos los independientes, y sobre todo, vió la patria, en aras de la cual tenía ya hecho el sacrificio de todos sus hijos, y ahogando sus sentimientos, se negó á dar oídos á las proposiciones del Coronel realista. Las balas disparadas en el patíbulo de Jilotepec acabaron con dos vidas: la del insurgente Don Francisco Rayón y la de su madre, Doña Rafaela López, para la cual ese día terminó todo, y sólo fué ya una sombra.

Las compensaciones que la vida le ofreció después al ver á sus otros hijos libertados del cadalso y de muerte violenta, y aun el fin de la guerra y la aurora de la libertad, pocas emociones pudieron ya proporcionar á aquel corazón profundamente lacerado y á aquella matrona que así como dió un hijo á la patria, estaba dispuesta á dar los cuatro restantes.